

Il·lustració, progrés i modernitat

Manuel Ramos Valera

Manuel.Ramos@uv.es



Hans Ulrich Gumbrecht, Reinhart Koselleck y Horst Stuke, *Il·lustració, progrés i modernitat. Història dels conceptes*, traducció de Josep Monter Pérez, València, Institució Alfons el Magnànim, 2018.

A partir de los años sesenta del pasado siglo la historia conceptual experimentó un gran florecimiento. Fruto de esta actividad fue la publicación de tres grandes diccionarios: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (*Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania*), 1972-1997, editado por O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck; *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (*Diccionario histórico de la filosofía*), 1971-2007, promovido por Joachin Ritter; y *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820* (*Manual de conceptos político-sociales fundamentales en Francia, 1680-1820*), auspiciado por R. Reichardt y R. Schmitt en 1985. Con todo, no es fácil precisar el significado, la finalidad y la organización del trabajo de la historia conceptual, por la variedad de afluentes que se dieron cita en su constitución y los distintos contextos teórico-científicos desde los que se ejerce, como indica el profesor Faustino en su documentada introducción, en la que, entre otras muchas cosas, nos ofrece un mapa orientativo muy clarificador de referentes, afluentes y tendencias de la historia conceptual. De hecho, con solo atender a la obra de la que se han extraído los tres conceptos que componen el título de esta edición, *Geschichtliche Grundbegriffe Historisches. Lexicon*

zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland, resulta manifiesto que sus autores se mueven en realidad en planos bastante diversos, abstracción hecha de otras variantes de la historia conceptual realizadas en otros ámbitos geográficos como el italiano o el iberoamericano.

En 1955 la historia de los conceptos recibe un gran impulso con la creación del *Archivo para una historia conceptual*, promovido por E. Rothacker, al que se incorporarán K. Gründer y H. G. Gadamer. El *Archivo* se quiere alejar radicalmente de la antigua práctica histórico-conceptual representada por R. Eisler (*Diccionario de conceptos filosóficos*, 1899), quien dirigía su actividad a la confección de un *thesaurus* de citas a partir del cual establecer el significado canónico de los grandes conceptos de la historia de la filosofía. Frente a esta práctica de la historia de los conceptos, presidida por una exigencia de rigor y científicidad de acuerdo con el modelo de las ciencias naturales y dirigida a acabar con las confusiones lógicas del discurso filosófico, Rothacker, más cerca de los planteamientos de W. Dilthey y, por tanto, más presto a insistir en la determinación histórica de los conceptos, proponía la necesidad de realizar un manual específico de los conceptos fundamentales de todas las ciencias del espíritu y de la filosofía de la cultura.

En 1965, Hermann Lübbe publicó *Secularización. Historia de un concepto*, en el que aborda una investigación histórico-conceptual de este concepto, al que, por una parte, ve como una categoría descriptiva de procesos sociales y, por otra, como un esquema de interpretación de la historia moderna de Europa hasta el presente. Su trabajo se dirige a acabar con la aparente cesura existente entre la definición normativa del concepto y su génesis fáctica, derivando la fuerza normativa precisamente de su uso histórico-social. Aunque la historia conceptual debe servir a la filosofía y, en general, al conocimiento, es preciso insistir en la dimensión práctica de los conceptos, pues estos son esquemas de orientación y de acción tanto para la praxis como para la teoría. Por eso la historia conceptual no debe atenerse solo a los conceptos centrales de la tradición filosófica, sino también dirigir su atención a aquellos conceptos mediante los cuales la filosofía se implica en la praxis de la vida, en las luchas políticas e ideológicas de la época. Su convicción es que ciertos conceptos se han vuelto significativos en la historia de la filosofía menos por su fuerza expresiva o representativa de la realidad que por su capacidad de alumbrar frentes ideal-políticos.

Otro de los afluentes de la historia conceptual es el representado por la metaforología de Hans Blumenberg (*Paradigmas para una metaforología*, 1960), quien, al insistir en que el arsenal discursivo del ser humano a lo largo de la historia no se reduce al trabajo de un logos que aumenta en eficacia especulativa y en transparencia conceptual, pone límites tanto a las exigencias hegelianas que ve en buena parte de los historiadores conceptuales como al ideal cartesiano-husserliano de ciencia estricta. Para Blumenberg, las metáforas, en la medida que revelan, frente al *telos* de la racionalidad integral, una fuerza enunciativa no

resoluble conceptualment, poden tenir legitimitat en el llenguatge filosòfic i convertir-se, per ende, en components inexcusables de la història conceptual i de la història de la filosofia convencional.

Procedent del camp de la hermenèutica, H. G. Gadamer és otro impulsor de la història conceptual. El autor de *La història del concepte com a filosofia* (1970) reconeix a la història de les problemes de ascendència neokantiana el mèrit de haver posat coto a la relativització historicista del pensament filosòfic, però destaca el dogmatisme de la suposició irreflexiva de la identitat de les problemes a lo llarg de la història, contribuint así al entumeciment de les conceptes anomenats «químicament purs» de la terminologia filosòfica acadèmica. La història conceptual no serveix solo per il·lustrar històricament alguns conceptes filosòfics, sino que ella misma serveix per renovar el vigor del pensament, que se manifesta especialment en els punts de fractura del llenguatge filosòfic que delaten el esforç del concepte. Esas «fracturas» en las que se quebra la relació entre la paraula i el concepte i en las que els vocablos cotidians se reconvierten en nous conceptes, constitueixen la autèntica legitimitat de la història del concepte com a filosofia. La història de les conceptes ja no seria la història de les conceptes intemporals que atravesen la història, sino la història de les impurezas que a lo llarg de su ús ese concepte ha anat recollint en su contacte amb la vida quotidiana.

Mentres Gadamer ha insistit en la importància de la història conceptual per a la història de la filosofia antiga en particular i per a revitalitzar el discurs de la filosofia en general, Koselleck, el últim autor que destacam en este curt viatge per les referents de la història conceptual, responsable de la segona de les entrades que donen títol a esta edició i verdader inspirador i autor programàtic de *Geschichtliche Grundbegriffe*, dirige la mirada a la modernitat i fa de la història conceptual la companyera inseparable de la investigació històrica, esto és, de la història social. Per a Koselleck, la història com a disciplina no és un simple subcas de la hermenèutica, sino que, per el contrari, goza de prelación respecte de ella, al establir decisions de sentit que determinen la interpretació de les texts. Mentres que el hermenauta considera el text com a l'instància prístina e infranqueable, el historiador, aun assumint que la realitat també se constitueix lingüísticament, se serveix de les texts com a testimonis per descobrir a partir d'ells un estat de coses extratextual que late en el fons i que els fa significatius. Per a Koselleck, la possibilitat de comprendre un concepte depèn de la comprensió de su moviment històric, de su espai de validesa i de su situació temporal. Esta possibilitat precisa de certa teoria que defineix els contextos en los que els conceptes predeterminen su sentit –una periodització material del temps històric–, que solo pot realitzar-se desde el coneixement històric propiament dit, no desde la misma història de les conceptes, però que sí resulta verificable per el resultat de

la investigación que esta última lleva a cabo. De esta manera, la historia social y la historia conceptual se autoajustan en el proceso de su relación recíproca.

Puede verse así la dirección precisa que Koselleck atribuye a la historia conceptual, en buena medida diferente de otros modos de encarar la disciplina. Esta no se reduce a una mera descripción de los cambios históricos experimentados por los conceptos en el tiempo. En realidad, afirma, los conceptos carecen de historia, no son entidades universales que van alterando su sentido con el tiempo, permaneciendo sin embargo idénticos. Son precisamente los conceptos los que permiten recoger la multiplicidad de una experiencia histórica en un determinado y preciso contexto en el que se constituyen como tales en su propia identidad e individualidad y en el que obtienen su significado concreto. Por tanto, no es que cambie el concepto a lo largo de la historia, lo que tiene lugar es el nacimiento de un nuevo concepto bajo la denominación de viejas palabras ya conocidas. La historia conceptual en su versión koselleckiana no es historia de las palabras o de los términos; su pretensión fundamental es comprender las realidades históricas y su finalidad, por lo tanto, es más histórica que filológica. Y a este fin, el historiador debe saber que en muchas ocasiones palabras diversas se refieren a un mismo contenido y que en otras muchas la misma palabra se refiere a realidades diversas que no pueden formar parte de un horizonte conceptual común. Decisivo resulta entonces tomar conciencia de la especificidad de los conceptos modernos connotados por una palabra y de su inadecuación para otros contextos diferentes. Los conceptos están ligados a una determinada época histórica, emergen en un contexto histórico y son al mismo tiempo necesarios para su comprensión. Son indicadores de los cambios y de las transformaciones sociales y son entendidos correctamente cuando se introducen en las estructuras sociales en las que actúan. De esta manera, si el objeto de la historia conceptual no son los conceptos y su historia, y si los contextos pasados pueden entenderse solo teniendo conciencia de las determinaciones y de la parcialidad de los conceptos modernos, el verdadero centro focal de la historia conceptual en su versión koselleckiana son los conceptos político-sociales modernos, recogidos en ese magno léxico que es *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, del que los términos que dan título a esta edición son solo una pequeña parte, aunque central.

Koselleck advierte en la introducción al *Lexicon* que cuando se persiguen las palabras a través del mundo antiguo y medieval, tal persecución no se lleva a cabo según la lógica de la reconstrucción de la larga historia del concepto, sino por el intento de seguir en el mundo premoderno aquella palabra que sirve de vehículo al concepto moderno, para mostrar que se refiere a un contexto de pensamiento y de realidad distintos. La verdadera determinación del concepto tal y como llega hasta nosotros se inicia con la Edad Moderna, en la que la relación del hombre con la naturaleza, la ciencia y la historia se altera de forma sustancial. No hay, por tanto, conceptos políticos que atraviesan épocas diversas

y que se connotan en ellos de modo diverso, sino más bien una época de los conceptos modernos, en la que estos tienen una específica construcción y se unen entre sí en un sistema concreto de relaciones. Fuera de esta época se da un modo diverso de pensar el hombre, la sociedad, el saber y la política. Así pues, si la historia conceptual es la comprensión histórico-epocal de los conceptos modernos, y lleva a conciencia el hecho de que el sentido específico de los conceptos que usamos está ligado a las condiciones y a los presupuestos de la época moderna, entonces se puede comprender que el punto central de la indagación sea determinar dónde se sitúa la ruptura, la *Trennung*, con el modo de pensar la tradición, cuáles y de qué tipo son las condiciones en las que ha quedado determinada la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del mundo moderno. Ese momento es identificado por Koselleck con la famosa expresión «Sattelzeit» (umbral epocal), con la que quiere designar ese segmento temporal que transcurre entre 1750 y 1850, en el que se origina y difunde el nuevo marco conceptual moderno en el que tiene lugar el nacimiento de palabras nuevas, mientras las viejas adquieren un significado completamente nuevo y son portadoras de nuevos conceptos.

De la amplísima constelación conceptual contenida en los siete tomos (más dos de índices) de *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, la edición que reseñamos destaca tres conceptos –Ilustración, progreso, modernidad– que son paradigmáticos de la conciencia de la cesura de los tiempos modernos con los anteriores, mostrándose en este sentido como índices de una nueva realidad que se va gestando y como factores impulsores de esta. La Ilustración, aun antes de su constitución relativamente tardía en concepto de movimiento o de época, acelera progresivamente el advenimiento de un nuevo tiempo en el que se separan el espacio de experiencia tradicional y el horizonte de esperanza o expectativas que comportaba. Ese nuevo tiempo, *Neuzeit*, es el tiempo de la modernidad, que es todavía el nuestro o del que acaso solo ahora nos estemos despidiendo, como indican las novísimas conceptualizaciones referidas a nuestro presente que están teniendo lugar en nuestros días y que apuntan a la configuración de un tiempo post- e incluso post-posmoderno, como pone de manifiesto el segundo de los autores de esta edición, H. U. Gumbrecht, en obras posteriores como *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, que recoge contribuciones propias entre los años 1991 y 2008.

La historia del primer vocablo, «Ilustración», incluida en el volumen 1 de *Geschichtliche Grundbegriffe*, va a cargo de Horst Stuke. Su contribución muestra la larga, poliédrica y alambicada historia del concepto de Ilustración desde su presumible inicio, poco antes del siglo XVIII, hasta su constitución definitiva como concepto de época y de movimiento a lo largo de todo el siglo XIX. Con él se quiere referir, según la definición hoy extendida, al movimiento espiritual europeo, iniciado en la segunda mitad del siglo XVII y culminado en el siglo XVIII,

con el que se origina el mundo moderno y en el que tiene lugar un proceso de secularización o de desmitificación del mundo que transforma radicalmente los ámbitos teórico-prácticos de la vida humana, con base en una razón consciente de sí y autónoma que ejerce su dominio sobre ellos sin estar determinada ni por la tradición ni por la verdad de una religión positiva. La historia de la constitución del concepto de Ilustración como época y movimiento y, por extensión, como categoría histórico-filosófica, es la que narra Stuke a lo largo de su extensa contribución. Como mojones de la historia del concepto de Ilustración, que comienza a ser relevante con su asociación, en torno a 1720 y sobre todo a partir de los años 1760, con la imagen de tiempo sereno, de luminosidad y claridad derivada de aclarar, descubrir y explicar el contenido de algo que hasta entonces estaba en la oscuridad, para terminar transfiriéndose como caracterización a una determinada condición de ánimo o de conocimiento, Stuke nos propone una secuencia significativa y documentadísima que incluye 1) las conceptualizaciones típicas del último tercio del siglo XVIII: la Ilustración de Westenrieder como iluminación del entendimiento y entusiasmo del corazón, la de Wieland como concepto universal de conocimiento y de saber, la de los «filántropos» (C. G. Salzmann, R. Z. Becker, F. E. von Rochow, P. Villaume y J. H. Campe) como concepto moral-pragmático de educación y de educación popular, la Ilustración de Kant como concepto de perspectiva y de progreso histórico-filosófico, la de Mendelssohn como formación teórica, la de Riem como concepto unitario de filosofía, ciencia y conducta racional de vida, así como la Ilustración «absoluta» de Bahrt; 2) la Ilustración como bandera y la acuñación de lemas y delimitaciones del concepto con la consecuente polarización y politización del uso lingüístico del concepto durante el período revolucionario; 3) El uso y determinación del concepto de Ilustración por el «movimiento alemán contrailustrado» (Lessing, Hamann, Herder, Schiller, el Romanticismo, el idealismo, el contraconcepto de Ilustración «moral» de Salat, el concepto de Ilustración histórico-negativo de Niethammer, la Ilustración cristiana de F. Schlegel, el concepto histórico-sistemático de Ilustración de Hegel) que, sin embargo, tanto contribuyó al aquilatamiento del concepto epocal y de movimiento de la Ilustración; 4) la comprensión de la Ilustración en el siglo XIX, que incluye las versiones católica y protestante del concepto, su utilización con el carácter de cosmovisión, la comprensión de la Ilustración por el primer liberalismo y por los hegelianos de izquierda y, finalmente, la «nueva Ilustración» de Nietzsche como programa de su filosofía del eterno retorno. En todo este recorrido que Stuke nos propone, puede verse que el concepto de Ilustración que hoy utilizamos corrientemente como concepto de época y de movimiento es un concepto al que hemos llegado al final de un largo y complejo proceso, que es el mismo proceso de la modernidad y que, como el concepto de esta, sigue teniendo el carácter de índice de una realidad alumbrada por el tiempo histórico moderno y el carácter de factor que alumbrará el futuro, en la medida en que permanezca abierto a su actualización

y utilización normativa. En cualquier caso, el historiador de la filosofía o el de las ideas tiene, con esta entrada de *Geschichtliche Grundbegriffe*, un documento de primer orden para entender la fragua en la que se forja un término como «Ilustración», del que, como dice su autor, politizado e ideologizado hasta grados extremos, todavía no se puede prescindir como concepto instrumental.

La autoría de la entrada «Progreso», exceptuada la parte dedicada a la Antigüedad, a cargo de C. Meier, es de R. Koselleck, autor del magnífico libro *Crítica y crisis del mundo burgués* (1959), de la importante contribución a la teoría de la historia expuesta en su *Futuro pasado* (1979), y auténtico responsable programático de *Geschichtliche Grundbegriffe*. Koselleck, nos propone un recorrido histórico que conduce a la constitución del moderno concepto de «progreso», desde la identificación de las muchas palabras que durante la antigüedad designan *progreso* o *progresar* en sentido figurado (*epididonai, prokoptein, epidosis, prokope, progressus, progressio, progredi, processus...*), pero en las que la dimensión temporal está muy limitada al no apuntar de forma unitaria a un proceso de transformación global y permanecer como una constatación puramente descriptiva unida a los hechos, pasando por el «Profectus» medieval que, aunque designaba específicamente el proceso de acercamiento a Dios, introdujo un elemento dinámico que sometía al cristiano a una obligación terrenal activa en la acción y en el conocimiento que termina impregnando los ámbitos intramundanos, hasta la constitución del concepto propiamente moderno de progreso, que viene de la mano del descubrimiento de un tiempo genuinamente histórico que alcanza precisamente en el progreso una primera determinación conceptual y su presencia como concepto-guía, esto es, como consigna política y como concepto conductor incuestionable y ubicuo, durante el siglo XIX.

La tarea fundamental que Koselleck se propone en esta entrada es aclarar el origen y procedencia de la categoría del «movimiento progreso» para poner de manifiesto su contenido específicamente moderno, antes inexistente. En este sentido, aunque su acuñación como tal pudo ser casual y solo fue acuñada a finales del siglo XVIII, la configuración del concepto «Progreso» (*Fortschritt*) fue resultado de una profunda transformación de la experiencia que hace referencia a una dinámica a la que todavía no podían apuntar expresiones anteriores como *Progress* o *Fortgang*, que vivían mucho más de la metáfora del crecimiento dependiente de una comprensión circular naturalista del devenir. El concepto de progreso vino a conceptualizar una época genuinamente histórica, por lo que habría de incluir toda una amplia gama, a veces amalgamada, de estructuras modernas de movimiento, que Koselleck se encarga de resaltar: el progreso, al referirse a una humanidad única considerada como sujeto de su propia historia, se convierte en el concepto universal de filosofía de la historia; el mismo progreso puede convertirse en su propio sujeto y referir a sí mismo el movimiento; puede, además, tener un contenido ideológico hasta convertirse en concepto de partido y de acción, por lo que puede ser atacado también crítico-ideológicamente;

aunque pueda designar eventualmente cursos hacia peor, generalmente indica un movimiento hacia mejor y, en esa medida, llega a convertirse en un concepto de esperanza casi religioso; permite discontinuidades, esto es, retrocesos, pero en la medida en que estos siempre son considerados como más cortos, es siempre un concepto de dirección lineal, no circular o repetitivo; la determinación de la meta del progreso oscila entre una perfección final inalcanzable y un desplazamiento sin meta final porque sus fines se proyectan ellos mismos como progresivos: se convierte así en concepto temporal de perspectiva y, más estrictamente, en concepto de planificación; a menudo el progreso indica una aceleración que solo es originada y mantenida por medio de fuerzas específicamente históricas, que en la medida en que la promueven son ellas mismas progresivas y alcanzan así, como el concepto, su legitimación histórica. Todas estas características, que, como dice Koselleck, no emergen simultáneamente, llegando incluso a excluirse a trechos, se complementan y apoyan mutuamente, son utópicas a la vez que cargadas de experiencia, pero todas ellas han entrado en el concepto de progreso, caracterizador del mundo moderno, un mundo que se aleja de sus presupuestos naturales para proyectarse hacia un futuro abierto, marcando así una cesura cada vez más amplia entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas.

H. G. Gumbrecht es el autor del tercer vocablo, «moderno, Modernidad», que cierra el título de esta edición. En su introducción, Gumbrecht apunta las contribuciones más relevantes de las últimas décadas en las que se ha tematizado la historia de los conceptos *moderno* y *modernidad* y que han servido para ampliar tanto la secuencia histórica en la que cabe perseguir estos conceptos como los distintos espacios de experiencia, o esferas de acción, en los que pueden ser operativos, en particular el estético y el literario. Aprovechando los análisis de E. Coseriu (*Sistema, norma y habla*, 1952), extrae dos consecuencias importantes para la historia de los conceptos como método de la historia social y, en particular, para su propia contribución a la historia del concepto *moderno*. En primer lugar, como el sistema lingüístico abarca, además del evento lingüístico históricamente concreto, un conjunto de variantes posibles, la «norma lingüística» puede entenderse como resultado de una selección colectiva a partir de las posibilidades que ofrece el sistema lingüístico y, en este sentido, cabe reconocer nuevos significados socialmente relevantes cuando se acreditan con otros significados de la misma época y del medio social o mediante la aceptación en léxicos como parte de la norma lingüística. En segundo lugar, entendiendo el concepto de norma lingüística como institución social, es preciso aceptar que palabras concretas se utilizan y se entienden de manera diferente, esto es, adquieren diferentes significados, dependiendo de los diferentes ámbitos de experiencia en los que sean operativos (en el sentido wittgensteiniano de «juego lingüístico» o «forma de vida»). Sobre la base de esta segunda consecuencia, Gumbrecht concatenará en su exposición los apartados dedicados a cada época según el criterio

de los distintos ámbitos de experiencia, sin dejar de atender, no obstante, a los fenómenos semánticos de interferencia entre ellos. Sobre la base de la primera, esto es, la selección colectiva de los significados de los conceptos a partir de las posibilidades ofrecidas por el sistema lingüístico, Gumbrecht nos propone una construcción heurística de ayuda, y como tal provisional y problemática, que nos ofrece un esbozo del sistema de posibilidades del término *moderno*. La primera posibilidad de significado de *moderno* es «presente» (concepto opuesto a «anterior»), y se atribuye a conceptos, objetos o personas que representan en su momento presente una institución que permanece a lo largo de un amplio espacio de tiempo. La segunda posibilidad de significado es «nuevo», en oposición a «viejo», y se refiere a un presente vivido como época, que es separada de épocas del pasado por determinadas propiedades y que es interpretada como homogénea aun en su complejidad. El inicio de ese presente puede retrotraerse a discreción y su final es indeterminado. La tercera posibilidad de significado del concepto *moderno* es «pasajero», en oposición a «eterno», cuando un presente y sus conceptos pueden ser interpretados por los contemporáneos como «pasado de un presente por venir». El presente es experimentado de manera tan pasajera que ya no se le puede oponer como polo fijo un pasado cualitativamente diferente (como es el caso de la segunda posibilidad), sino únicamente la eternidad.

De acuerdo con el sistema de posibilidades esbozado, Gumbrecht acomete la historia del concepto *moderno* o *modernidad*, o de su conjugación semántica, siguiendo una secuencia que va desde la Edad Media y el Renacimiento, en los que sitúa la prehistoria de la diversidad de significados de la Edad Moderna, pasando por la liberación de la modernidad ilustrada respecto del modelo de la antigüedad como consecuencia de la conclusión de la querrela de los antiguos y los modernos, la reflexión de la filosofía de la historia y su transformación en la determinación romántica de la «época moderna», hasta la interpretación de la modernidad primero como programa y a continuación como imperativo de cambio, ya en el siglo XX.

Il·lustració, progrés i modernitat, esta necesaria edición promovida por la Institució Alfons el Magnànim, no es solo la historia de tres conceptos específicamente modernos, sino la historia del lenguaje como institución social y como configurador de la realidad. El lenguaje es índice, representativo de la realidad, en la misma medida en que es factor y propulsor de su acaecimiento y transformación. De ahí el rendimiento de la historia de los conceptos para alumbrar más allá de ellos los contextos en que son significativos, de ahí su valor para la historia social. En cuanto que conceptos específicamente modernos, revelan un cambio en la experiencia del tiempo que es la experiencia de un tiempo nuevo, el de la modernidad. Puede entenderse entonces que la historia de los conceptos modernos ofrezca asimismo una teoría de la modernidad y de la modernización, a la vez que de sus patologías, como se ha encargado de exponer R. Koselleck en su *Crítica y crisis del mundo burgués* y en su *Futuro pasado*, donde dedica

un amplio apartado al concepto de modernidad. Por otra parte, el historiador de la filosofía puede acercarse con esta edición a la fragua en la que se han formado los conceptos modernos y en la que se dan cita los más importantes autores del canon de la historia de la filosofía, desde Leibniz a Nietzsche pasando por Kant, Hegel, el movimiento romántico o K. Marx. Los historiadores de la estética y de la literatura, y en menor medida los investigadores sociales y los de la ciencia y la técnica, finalmente, pueden encontrar elementos para su reflexión.

.....
MANUEL RAMOS VALERA... es profesor titular de Filosofía de la Universitat de València, en la que imparte la docencia de Historia de la filosofía moderna y de Filosofía de la Historia. Su investigación se ha centrado fundamentalmente en la filosofía clásica alemana.